



Fig. n.º 102.- Azcune, Valentín (2015): *Los toros en el teatro*, Madrid, Unión de Bibliófilos Taurinos, 686 páginas. Con un grabado original de Jerónimo Uribe Clarín.

Vaya por delante que este libro, editado por la prestigiosa Unión de Bibliófilos Taurinos con una tirada reducida de 200 ejemplares numerados, es un auténtico regalo para los que tengan la suerte de disfrutarlo. Un libro, refiriéndonos sólo al aspecto externo, con una presentación que yo calificaría de bellamente austera, con una tipografía cuidadísima y con la inserción de una serie de espléndidas ilustraciones (portadas de primeras ediciones teatrales) que permiten una

mejor contextualización del texto. Todo lo cual naturalmente ya predispone a su lectura.

Pasando ya al contenido, lo primero que se ofrece en sus muchas páginas es un documentadísimo estudio de la inmensa mayor parte de las obras dramáticas que guardan una relación significativa con el mundo del toro (y no están todas porque, como muy bien explica su autor, dar cuenta de ellas es imposible) desde los comienzos del teatro en castellano hasta nuestros mismos días. Debe añadirse enseguida que se trata no de un inventario o repertorio de obras y autores (que están referenciados en los índices correspondientes, que se acompañan además de otro de compositores, pues se incluyen también las creaciones del teatro musical), sino de un trabajo que tiene en cuenta las corrientes literarias o tradiciones escénicas en que se insertan las piezas dramáticas, así como también los caracteres de la lidia existente en cada momento de un relato que se explaya a lo largo de más de cinco siglos, brindando así su adecuado marco a cada uno de los títulos reseñados. Un trabajo que ha requerido de muchas horas pasadas en los archivos y en las bibliotecas, especialmente en la evocadora Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional de España y en la entrañable Biblioteca Histórica de Madrid donde tuvo la suerte de contar según confesión propia con la inestimable ayuda como “verdadera hada madrina” de esa gran profesional que es María Teresa Artigas. En suma, no se trata de una obra de divulgación (connotación que, por otra parte, tampoco resultaría descalificatoria), sino del resultado de una investigación rigurosamente científica que constituye todo un hito dentro de la historia de la literatura taurina.

Por otra parte, se aporta una extensa bibliografía dividida entre las obras de segura atribución, las obras de autenticidad dudosa o sencillamente no susceptibles de comprobación segura y, finalmente una solvente selección de los estudios críticos anteriores sobre las piezas y los autores tratados. Y como generosa pro-

pina, se nos ofrece un apéndice con la reproducción de seis obras inéditas: *La regañona y fiesta de toros*, *Los toros fingidos*, *El valor y la destreza de Romero y Costillares*, *El novillo de la tarde de San Isidro*, *Fiesta de toros por fuera* y *El torero caballero de Olmedo*. Y, por si pareciera poco, como remate para coronar el edificio, el pintor Jerónimo Uribe Clarín nos obsequia con un hermoso grabado, de exquisito gusto artístico, que retrata en dos planos superpuestos a un público desafortadamente expresivo que se lleva literalmente las manos a la cabeza ante un toro monumental con los ojos cuajados en la media luna de sus poderosas astas.

Comentar pormenorizadamente un texto tan oceánico es tarea imposible, aunque, después de avanzar nuestra valoración altamente positiva de la obra, sí nos sentimos en la obligación de señalar algunos puntos particularmente relevantes y también algunos rasgos que prestan algún flanco a la crítica. Así, para empezar, resulta llamativa la escasa presencia de los toros en el teatro español del Renacimiento, en el que apenas puede el autor espigar los menguados ejemplos de la *Comedia Florinea* de Juan Rodríguez Florián y la *Comedia Pródiga* de Luis de Miranda, ambas impresas en 1554. Pero es que lo mismo sucede en el Siglo de Oro: «En el inmenso, por cantidad y calidad, repertorio del teatro español del siglo XVII no hay una sola comedia dedicada íntegramente al mundillo de los toros». Aquí además el autor demuestra de modo convincente el antitaurinismo de un dramaturgo tan prolífico y tan popular como Lope de Vega, cuya negativa actitud al respecto José María de Cossío trató de ocultar por todos los medios en su famoso tratado enciclopédico. De este modo, sólo nos queda como consuelo el contrapunto de un curioso auto sacramental, *Los toros del alma*, que coloca a la fiesta en el corazón de su mensaje, naturalmente alegórico. Ahora bien, el siglo XVIII es todavía más parco, cosa que se podía esperar por ser el siglo ilustrado la época antitaurina por excelencia, aunque siempre cupiera la esperanza de su aparición en los sainetes del madrileño Ramón de la Cruz

(que para nuestra decepción sólo estrenó, en el teatro del Príncipe en 1768, uno con esta temática, *La fiesta de novillos*) o del gaditano Juan Ignacio González del Castillo, que al menos proyectó en la escena algo del ambiente taurino de su tierra, en tres sainetes titulados respectivamente *El aprendiz de torero*, *Los caballeros desairados* y *El día de toros en Cádiz*, el último de los cuales incluso llegó a generar una tardía adaptación (o mejor, un plagio) a la vecina ciudad hispalense: *El gitano Mojarras o El día de toros en Sevilla*.

Una breve aunque interesante alusión a las famosas tonadillas del siglo XVIII deja paso a un desmesurado capítulo de casi trescientas páginas (págs. 143-411) dedicado a los siglos XIX y XX. Hay naturalmente una razón para este exceso: el siglo XIX combina el gusto costumbrista con la actitud casticista para producir un elevadísimo número de obras dirigidas a un extenso público (burgués o popular) que se deleita con las producciones musicales pensadas para la escena, es decir por las zarzuelas o por las piezas del “género chico”, muchas de las cuales tienen a los toros como motivo, como trasfondo o como anécdota. Sin embargo, aquí la ordenación del material es confusa, pues, tras la enumeración (y comentario) de las obras de los más afamados autores (en algunos casos dramaturgos consagrados, como Carlos Arniches o los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, y en otros libretistas al servicio de los compositores, como Ricardo de la Vega, Miguel Ramos Carrión o Guillermo y Carlos Fernández Shaw), nos adentramos en una barahúnda de nombres de escritores, músicos y títulos (y hasta toreros) en la que resulta difícil abrirse camino y distinguir las lindes que dividen a unos de otros. Por otra parte, se debería haber separado claramente esta corriente costumbrista y casticista que alimenta esta profusa producción de otros movimientos literarios (y no sólo literarios) que apenas si se mencionan (la generación del 98) o apenas si merecen una limitada atención (como ocurre con

la generación del 98 de Federico García Lorca, Rafael Alberti, Miguel Hernández o Ignacio Sánchez Mejías).

El teatro taurino muere después de la guerra civil. Algunos autores prolongan la agonía del teatro musical con algunas obras de indiscutible mérito (los músicos Pablo Sorozábal o Federico Moreno Torroba), pero el público se pronuncia por otro tipo de producciones dramáticas. El diagnóstico del abandono de la temática taurina es certero: «Causa mucho más importante es la citada desaparición del teatro costumbrista, mundo natural del que se nutría el teatro taurino, y también, la creciente pérdida de prestigio e influencia de los toros en la vida española, que pasan de ser el primer espectáculo nacional en el siglo XIX y en los años anteriores a la Guerra, a tener una importancia secundaria, superados por el cine o el fútbol». Es una lástima que estas atinadas afirmaciones convivan con algunas expresiones que denotan desfasados prejuicios propios de épocas pretéritas y que no parecen haberse beneficiado de un ya generalizado *aggiornamento*: «mártir por Dios y por España», «el independentista vasco nacido en Madrid Alfonso Sastre», «lo primero que podría pensarse es en la creciente influencia de la propaganda izquierdista, siempre enemiga de todo lo que suene a español» (¿?).

En todo caso, debemos felicitar efusivamente por su esforzado trabajo a Valentín Azcune, a todos los que han colaborado desinteresadamente en la obra (y a los que el autor da las gracias para que no haya penas ni olvido) y al responsable de la iniciativa, que no es otro sino Rafael Cabrera Bonet, tan buen amigo como excelente investigador, tan inestimable promotor del debate taurino en sus ciclos del “Aula de Tauromaquia” como incansable impulsor de la publicación de los más cualificados trabajos sobre el mundo de los toros.

Carlos Martínez Shaw  
Fundación de Estudios Taurinos